

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: <https://dx.doi.org/10.14201/cuadiecici202526485508>

LAS REFLEXIONES SOCIOECONÓMICAS DE FÉLIX DE AZARA SOBRE EL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA

*The Socioeconomic Reflections of Félix de Azara
on the Viceroyalty of the Río de la Plata*

Luis PERDICES DE BLAS
Universidad Complutense de Madrid
perdices@ccee.ucm.es

José Luis RAMOS GOROSTIZA
Universidad Complutense de Madrid
ramos@ccee.ucm.es

Fecha de recepción: 23/07/2024
Fecha de aceptación: 18/11/2024

RESUMEN: Félix de Azara es sobre todo reconocido por sus aportaciones como naturalista, geógrafo o antropólogo, pero también realizó reflexiones socioeconómicas de gran interés sobre el Virreinato del Río de la Plata. El origen de dichas reflexiones hay que buscarlo en la vinculación de Azara con la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y con su hermano José Nicolás. En este trabajo se analizan sus ideas económicas y sus propuestas reformistas y de colonización, contextualizándolas en el marco del pensamiento de los economistas ilustrados. Al igual que otros miembros de la Ilustración tardía, como Campomanes o Jovellanos, Azara no puede ser considerado estrictamente un liberal, sino más bien un reformista con rasgos liberales que abogó por «más Estado y más mercado».

Palabras clave: Félix de Azara; Ilustración tardía; Virreinato del Río de la Plata; liberalismo económico; reformismo; Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

ABSTRACT: Félix de Azara is mainly recognized for his contributions as a naturalist, geographer or anthropologist, but he also made socioeconomic reflections of great interest on the Viceroyalty of the Río de la Plata. The origin of these reflections is to be found in Azara's connection with the Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País and with his brother José Nicolás. This paper analyzes his economic ideas and his reformist and colonization proposals, contextualizing them within the framework of the thinking of the Enlightenment economists. Like other members of the late Enlightenment, such as Campomanes or Jovellanos, Azara cannot be considered strictly a liberal, but rather a reformist with liberal traits who advocated «more State and more market».

Key words: Félix de Azara; Enlightenment; Viceroyalty of the Río de la Plata; economic liberalism; reformism; Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

1. INTRODUCCIÓN

El ingeniero militar aragonés Félix de Azara (1742-1821) es una figura clave de la Ilustración española. Auténtico sabio polifacético, hoy es sobre todo reconocido por sus valiosas aportaciones como geógrafo, naturalista y antropólogo derivadas de su estancia de veinte años en la América meridional (1781-1801), adonde llegó como miembro de una comisión que debía delimitar las fronteras con las posesiones portuguesas. Entre otros aspectos, destacan –por ejemplo– su importante labor cartográfica, su descripción de nuevas especies, su anticipación del concepto de mutaciones o variaciones fortuitas (que posteriormente influiría en Charles Darwin) o su estudio de las «naciones indias». Asimismo, los viajes de Azara pueden verse como precursores de una serie de célebres viajes-naturalistas a América que se sucederían durante las primeras décadas del siglo XIX, como los de Alexander von Humboldt (1799-1804), Alcide D'Orbigny (1826-1833) o el propio Darwin (1832-1836)¹ (Mones y Klappenbach, 1997: 83).

No obstante, en informes diversos y en obras tales como *Viajes por la América meridional* (publicada originalmente en francés en 1809) o *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801* (aparecida póstumamente en 1847), Azara realizó también interesantes observaciones socioeconómicas que hasta ahora han recibido escasa atención, sin que ello responda a una razón concreta. Sobre dichas observaciones se centrará específicamente el presente trabajo, contextualizándolas en el marco de la formación del autor y del pensamiento de los economistas de la Ilustración. En particular, se analizarán sus propuestas reformistas y de colonización.

1. También Azara tuvo una serie de precursores. Por ejemplo, Charles-Marie de La Condamine, que entre 1735 y 1744 lideró una expedición francesa a la zona ecuatorial para la medición del meridiano, en la cual participaron Antonio de Ulloa y Jorge Juan. O Pehr Löfling, discípulo de Linneo, que formó parte de la expedición de límites al Orinoco entre 1754 y 1761.

Las reflexiones de Azara sobre la realidad socioeconómica del joven Virreinato de la Plata –creado en 1776– deben entenderse en unas determinadas coordenadas. En primer lugar, la concepción del viaje ilustrado: al igual que en el caso de Jorge Juan y Antonio de Ulloa o de Alejandro Malaspina, que renovaron la mirada sobre la América española, en Azara también se dio la unión de ciencia y política² (Capel, 2006: 96). El viaje debía proporcionar a la Corona la información necesaria para poder llevar a cabo reformas (Lucena y Barrueco, 2006: 228); de hecho, las relaciones de viaje por América se convirtieron en un instrumento indispensable al servicio del reformismo borbónico³ (Lollo, 2010: 139). En el ámbito concreto rioplatense, hubo asimismo otros destacados viajeros, como Francisco Millau, Francisco de Paula Sanz o Alonso Carrió de la Vandra, que –al igual que Azara– realizaron sus itinerarios y anotaron sus impresiones al hilo de viajes oficiales, logrando transmitir un valioso conocimiento directo de aquellos territorios⁴.

En otro orden de cosas, durante el siglo XVIII existió en Europa un notable interés por América. Si América fue esencial para la ciencia europea en general, también resultó importante para la economía política en particular, como nueva disciplina que entonces estaba afianzándose. Por ejemplo, fue relevante para el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios, defendida por autores de la talla de Adam Smith o A. R. J. Turgot, o para ilustrar los debates sobre el buen gobierno, puesto que –como apuntó el propio Smith– la diferente organización político-institucional de las colonias americanas acababa reflejándose en su distinto desempeño económico (Smith, 1987: 598-679). En este sentido, Azara pudo contrastar el marco conceptual de la teoría de los cuatro estadios –al que se hará referencia al final del tercer apartado– con lo que le sugería su experiencia directa en América; además, como hombre ilustrado preocupado por el desarrollo de su nación, mostró interés por los problemas derivados de la administración colonial y planteó posibles mejoras desde un enfoque pragmático.

Por último, detrás de la obra de Azara no hay solo un esfuerzo individual, sino también colectivo: es preciso abandonar la idea romántica del genio aislado cuyos logros responden exclusivamente a una titánica labor individual, pues ello supone olvidar «el tejido social y la voluntad política favorables a la ciencia ilustrada» (Lucena y Barrueco, 2006: 225). De hecho, entre las condiciones que posibilitaron el proyecto científico de Azara estarían las «redes sociales e intelectuales» en las que se integró, «compuestas por peninsulares y criollos» (Deckmann, 2022: 87, 90). En el caso concreto de sus reflexiones socioeconómicas sobre la situación del virreinato, su base esencial hay que buscarla en su formación, en el vínculo con su

2. Al contrario que en el caso de Malaspina, que recibió instrucciones específicas y una misión clara, Azara –más allá de la labor de demarcación de la frontera– no tuvo un encargo concreto de comunicar informaciones empíricas sobre América, sino que fue él mismo quien sintió la necesidad de realizar y transmitir sus observaciones.

3. Sobre el reformismo borbónico pueden consultarse Sarrailh (1992) y Paquette (2008).

4. Véanse las obras de estos viajeros: Paula Sanz (1977), Millau (1947) y Concolorcorvo (1942).

hermano José Nicolás y –sobre todo– en su participación en los círculos ilustrados de la Sociedad Aragonesa de Amigos del País, aspectos que se analizarán en el siguiente apartado.

2. LA FORJA DE UN ILUSTRADO

Azara nació en el seno de una familia hidalga aragonesa, lo que les permitió a él y a sus hermanos recibir formación académica y alcanzar cargos de cierta cualificación y relevancia: Eustaquio, obispo de Ibiza y luego de Barcelona; José Nicolás, diplomático; Lorenzo, presidente del Cabildo catedralicio de Huesca y maestrescuela de la universidad de esa ciudad; y Mateo, oidor de la Audiencia de Barcelona. Por su parte, su hermana Mariana fue madre de un ministro de Fernando VII, un cardenal y un ilustre marino. Los biógrafos de Azara también inciden en que realizó estudios en la Universidad Sertoriana de Huesca⁵ –aunque se duda de que los finalizase (Contreras, 2010-2011, I: 118)– y en la acreditada Real Academia Militar de Matemática de Barcelona (entre 1765 y 1767). En la primera institución estudió leyes y filosofía, y en la segunda matemáticas, cosmografía, topografía, dibujo y levantamiento de planos, entre otras materias (Capel, 2006: 58; Contreras, 2010-2011, I: 105-137).

Azara fue un naturalista autodidacta, pero en el ámbito económico partió de unos conocimientos previos que le ayudaron a formarse un criterio propio para valorar determinadas medidas y situaciones. Es decir, si bien Azara no recibió formación académica como naturalista antes de embarcarse hacia América, tal como subrayan las monografías sobre sus aportaciones a esta disciplina, sí que disfrutó –en cambio– de una buena base para analizar las cuestiones socioeconómicas, como se refleja en sus escritos, en los que criticaba el despilfarro de fondos públicos o analizaba la viabilidad económica de diversas propuestas (Azara, 1994: 187-191, 227). En estas materias, como en el resto de su obra, primero observó para formarse una idea general, y luego intentó evitar lo que él mismo denominaba «estilo de novela», en el que primaban las palabras sobre los hechos (Azara, 2020, I: 78). Esto es, se trataba de recoger información empírica para más tarde –una vez analizado un problema– poder plantear soluciones y actuar. Sin embargo, se desconocen las fuentes precisas de su pensamiento económico, pues no ha quedado ningún rastro del contenido de la biblioteca que dejó en San Sebastián en 1781, cuando partió apresuradamente hacia América. No obstante, ha habido intentos de reconstruirla recopilando los libros citados en sus obras, como el de Mones y Klappenbach (1997: 9-31). En dicha reconstrucción no figura ningún economista, aunque sí Jorge Juan y Antonio de Ulloa, dos científicos españoles que

5. De esta universidad fue catedrático y rector, posteriormente, el economista Victorián Villava, que llegó a ser fiscal de la Real Audiencia de Charcas en 1791 y publicó un *Discurso sobre la Mita de Potosí* (1793).

en sus informes sobre América reflexionaron sobre asuntos socioeconómicos, y que Azara pudo conocer en una época temprana porque sus obras estaban en la biblioteca de la Real Academia Militar de Barcelona (Amodio, 2006: 19)⁶.

Las lagunas documentales sobre la trayectoria vital de Azara y, en concreto, respecto a cómo adquirió sus dotes para observar y analizar las cuestiones socioeconómicas, se pueden suplir aproximativamente acudiendo al ambiente intelectual en el que se desarrolló antes de su partida a América. Por un lado, su vínculo con su tierra natal, aunque fuera indirecto a través de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País; y, por otro, su vínculo familiar, en particular con su hermano José Nicolás. Fueron años en los que, tras regresar a la península en 1775 convaleciente de las graves heridas sufridas en la campaña de Argel –que casi le costaron la vida–, se le asignaron trabajos más serenos; y fue precisamente en este periodo en el que se conformaron sus bases intelectuales en el terreno económico, tal como cabe deducir de sus datos biográficos conocidos (Contreras, 2010-2011, I: 165). Su posterior experiencia americana no parece que contribuyera de forma relevante a su formación en temas económicos, pues, como se verá más tarde, en el virreinato sólo se tiene constancia de su contacto –muy limitado– con un economista, Manuel Belgrano. Además, aunque durante su larga estancia en la América meridional también pudiera haber derivado algún aprendizaje de la mera observación de hechos económicos concretos, lo cierto es que dicho afán de observación lo había adquirido ya en España.

Azara se formó en humanidades y leyes en la Universidad de Huesca, en materias técnicas en la Real Academia Militar de Barcelona, y como ilustrado en torno a la Sociedad Aragonesa de Amigos del País, a la que perteneció desde su constitución en 1776, aunque sin tener una participación continua debido a sus diversos destinos, principalmente en Cataluña (Contreras, 2010-2011, I: 227)⁷. En esta sociedad los economistas desempeñaron un papel relevante y sus miembros se preocuparon por la observación minuciosa del medio natural y socioeconómico local.

La primera sociedad económica de amigos del país fue la Bascongada, fundada en 1765, pero luego –a partir de 1775– fueron proliferando otras gracias al impulso dado por el *Discurso sobre el fomento de la industria popular* del conde de Campomanes. Publicado a costa del Estado en 1774 con una tirada de 30.000 ejemplares, y distribuido entre diferentes administraciones estatales y locales, se convirtió en uno de los libros europeos de economía del siglo XVIII de mayor

6. Sobre las reflexiones económicas de estos dos marinos, Perdices de Blas y Ramos Gorostiza (2016); y sobre las lecturas de Azara, Amodio (2006: 19-20).

7. Contreras resta importancia a la influencia en Azara de la Sociedad Aragonesa, y lanza la hipótesis –sin fundamentarla– de que también contribuyó a su formación –cuando estuvo destinado en Cataluña– el contacto con el círculo ilustrado catalán, que no logró fundar una sociedad económica. En concreto, alude al entorno supuestamente jansenista de su hermano Eustaquio, obispo de Barcelona (Contreras, 2010-2011, I: 171).

difusión, por lo que ninguna persona de cierta cultura y al servicio público –como Azara– podía desconocer su contenido⁸.

Dos debían ser las prioridades de las sociedades de amigos del país según Campomanes, al que Vicent Llobart (1992) llamó «el economista de Carlos III». Por una parte, dichas sociedades debían ser «una escuela pública de la teórica y práctica de la economía política en todas las provincias de España» (Rodríguez Campomanes, 1975: 112). Por otra, las sociedades, tomando «noticia de lo más notable que [hubiera] en los tres reinos, vegetal, mineral y animal, [y] valiéndose de los Socios dispersos por las Provincias, [llegarían] a ponerse en estado de conocer las primeras materias de las artes, tintes, minerales y usos que [pudieran hacerse] de las producciones propias, y cuales [serían] más apreciables o inferiores a las extrañas» (Rodríguez Campomanes, 1975: 65). Fruto de estas observaciones se formaría el estado de cada provincia, distinguiendo los ramos decadentes y prósperos; así, se estaría «en disposición de discurrir con cálculo y acierto» sobre las medidas económicas a tomar (Rodríguez Campomanes, 1975: 104). Es más, el gabinete de historia natural de cada provincia debería ser uno de los principales cuidados de dichas sociedades, a fin de componer «un sistema general de la historia natural de España», ya que las «especulaciones abstractas sobre las cosas físicas, cuando no se [fundaban] en el conocimiento real y analítico de las mismas cosas, [quedaban] expuestas a notables yerros» (Rodríguez Campomanes, 1975: 116)⁹.

La Sociedad Aragonesa –que reunió a ilustrados de la talla de Ramón Pignatelli, el conde de Aranda o Juan Antonio Hernández Pérez de Larrea– cumplió plenamente ambas prioridades marcadas por Campomanes. En 1784 fundó la primera cátedra de España de Economía Civil y Comercio, agrupando a economistas como Anzano, Normante, Arteta, Generés, Asso, Villava, Barberi o Calomarde (Sánchez Hormigo, Malo y Blanco, 2003). Todos ellos han sido estudiados por Javier Usoz (1996), incidiendo en que hubo una ilustración económica aragonesa con personalidad propia y problemas específicos¹⁰. En sintonía con este interés común en promover la economía, Azara incluso se decidió a escribir al final de su vida unas

8. Lo que se plantea es la más que probable conexión entre lo que proponía Campomanes en su libro (ampliamente leído en el seno de las sociedades de amigos del país, que se crearon –salvo la Bascongada– a instancias del asturiano), la adopción y puesta en práctica de esas ideas de Campomanes en la Sociedad Aragonesa, y la forma de aproximarse a las cuestiones económicas de Azara –miembro de dicha sociedad–.

9. Este planteamiento de Campomanes se inscribía dentro de un empeño más general de la Corona. Por ejemplo, buscar plantas útiles por todo el imperio, promoviendo misiones botánicas a América o creando jardines botánicos y gabinetes de historia natural. La figura de Azara debe situarse en dicho contexto. Sobre la movilización del individuo para los fines del Estado en la Ilustración española véase Pietschmann (2004).

10. Pretendía conocer y desarrollar las fuentes aragonesas de riqueza, dedicando especial atención a temas locales relacionados con la agricultura, la manufactura, las infraestructuras (caminos y canales), la salud pública, la asistencia a los desfavorecidos, la educación o el fomento de los conocimientos útiles (química, botánica, dibujo, etc.). El interés por los temas económicos era evidente.

Reflexiones económico-políticas sobre Aragón (1818)¹¹, cuyo título es semejante al del libro de uno de los aludidos economistas aragoneses: las *Reflexiones políticas y económicas sobre la población, agricultura, artes, fábricas y comercio del Reyno de Aragón* (1793) de Generés.

La segunda prioridad marcada por Campomanes –establecer un estado de la región recopilando información y datos de primera mano– también la cumplió sobradamente la Sociedad Aragonesa. A modo de ejemplo, se puede citar la *Historia de la Economía Política de Aragón* (1798) de Asso, que, tras un amplio periodo de recopilación de información, analizó con minuciosidad –aportando numerosos datos– la agricultura, la industria, la población, el comercio, la moneda y los tributos de los diferentes partidos judiciales en los que estaba dividido el Reino de Aragón. Para este ambicioso ejercicio de economía aplicada, consultó archivos locales y fuentes secundarias. En definitiva, el objeto de las «observaciones» de Asso era ser de utilidad a los gobernantes, «para encaminar los habitantes de una provincia a aquel punto de opulencia y prosperidad que [permitiese] la flaqueza humana» (Asso, 1983: 4)¹².

Azara compartió plenamente esta preocupación de Campomanes y la Sociedad Económica Aragonesa por recopilar datos para tener un buen conocimiento de una determinada región¹³ (como el Virreinato de la Plata), y poder así proponer las reformas adecuadas: sostuvo la necesidad de conocer «el manantial» de la verdadera riqueza local, y para ello –como Asso– acudió previamente a fuentes primarias manuscritas (archivos locales) y secundarias (monografías sobre América) (Azara, 1994: 229, 231; Azara, 2020, I: 71-72).

Otro destacado aspecto del contexto intelectual en el que se desarrolló Azara antes de su partida a América fue su vínculo con su hermano José Nicolás. Debido a la diferencia de edad entre ambos –José Nicolás era doce años mayor– y a la necesidad de salir de su pequeño pueblo para formarse, no tuvieron ocasión de tener una relación directa hasta la madurez. No se conserva la correspondencia entre ambos, aunque algunos apuntan que debió ser escasa y fría (Contreras, 2010-2011, I: 134). Solo tuvieron un contacto más profundo cuando vivieron juntos en París entre 1802 y 1804: el primero era entonces embajador de España en

11. Esta obra, según su sobrino el marqués de Nibbiano, no se publicó nunca y de su manuscrito solo se conservaba una pequeña parte (Mones y Klappenbach, 1997: 81).

12. El aragonés Eugenio Larruga, en la misma línea que Asso, dio a conocer el estado del país en las *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España* (1787-1800). Son 45 volúmenes que recogen amplia información con numerosos cuadros, donde se aportan cifras y datos de interés sobre la situación económica de Madrid, ambas Castillas, Extremadura y Galicia. En concreto, se incluyen la población y la producción mineral, vegetal y animal.

13. Es cierto que esta preocupación era generalizada en el gobierno y entre los ilustrados, pero lo que se mantiene en este trabajo es que es muy probable que dicho interés por la recopilación de datos lo adquiriese y desarrollase Azara, precisamente, en el seno de la Sociedad Aragonesa y en contacto con sus miembros.

Francia, mientras el segundo se documentaba, gracias a su hermano –que le puso en contacto con los naturalistas franceses–, para completar su obra basada en las observaciones recogidas en la América meridional. No obstante, hubo un periodo previo en el que ambos vivieron en la península: la vida de José Nicolás entre 1768 y 1780 estuvo marcada por una activa labor diplomática en Roma, pero entre 1774 y 1776 residió en Madrid, en donde conoció a William Bowles, al que se hará referencia más adelante; por su parte, Félix regresó a la península desde Argel en 1775 y se vio con su hermano en una ocasión.

La inquietud intelectual que caracterizó a Félix no pudo ser ajena a los hitos y triunfos de su hermano José Nicolás como diplomático, erudito, editor y escritor, pues este fue un importante referente para él. Así, cuando le repusieron como embajador en París en 1801 –después de una campaña de intrigas– Félix expresó su alegría, pero también su pesar por el trato recibido por un excelente servidor público objeto de «tantos odios», que eran «prueba eterna del mérito de un simple particular»¹⁴. En esa misma fecha, el propio Félix estaba experimentando similar incompreensión e intrigas por su labor de fundación del pueblo de Batoví.

Anteriormente, en 1775, José Nicolás había contribuido a editar y corregir el libro de un científico con el que Félix tuvo notables similitudes: *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España* de William Bowles¹⁵. En el prólogo a las ediciones póstumas de 1782 y 1789, José Nicolás ensalzó la labor de «observación» del irlandés, al tiempo que criticaba los *Travels through Spain in the years 1775 and 1776* (1779) de Henry Swinburne por la precaria fundamentación de su «pobre», «puerca» y «melancólica» visión de España, que proyectaba una imagen superficial del país sin apenas haber pisado la península. Por el contrario, y aun conociendo las lagunas intelectuales de Bowles, José Nicolás consideraba que el libro de este resultaba útil por las detalladas observaciones que contenía, ya fueran –en palabras del propio irlandés– «hechos» ciertos o discutibles «raciocinios»; su intención era reunir un conjunto de noticias para el adelantamiento de las ciencias naturales con un fin claramente económico: «el cultivo de las minas y las artes» (Bowles, 1789: 1-2, 5). En este sentido, podemos apreciar una clara similitud entre Bowles y Félix de Azara, pues ambos realizaron prolifas observaciones (el primero sobre la riqueza mineral de las coronas de Castilla y Aragón, y el segundo sobre los reinos animal y vegetal del Virreinato del Río de la Plata), persiguiendo –entre otros fines– conocer los recursos naturales disponibles para sacarles el mayor provecho económico. Resultaría extraño que Félix de Azara no hubiera

14. Véase la carta de Azara escrita antes de su regreso a Europa: Contreras (2010-2011, II: 335).

15. Bowles vino a España gracias a Antonio de Ulloa, al que conoció en París en 1752; vivió en Madrid y Bilbao y colaboró con el Jardín Botánico y el Gabinete de Ciencias Naturales. Su libro se tradujo al francés en 1776 y al italiano en 1783. Las ediciones póstumas y corregidas, de 1782 y 1789, están precedidas –a modo de prólogo– por cuatro cartas de José Nicolás fechadas en Roma en 1781 y 1782, en las que este narra cómo conoció a Bowles y cómo le prestó «auxilio» para la primera edición de 1775, debido a su escaso dominio del español (Bowles, 1789: 44).

tenido noticias de la obra de Bowles gracias a la relevante labor que su hermano desempeñó en sus tres ediciones españolas (1775, 1782 y 1789). Es cierto que «observar para mejorar» era una actitud muy propia de la época ilustrada, pero parece razonable pensar que la lectura del libro de Bowles, con su hábil forma de manejar los hechos, hubiera reforzado en Félix su propio empirismo, influyendo además en su manera de llevarlo a la práctica. En definitiva, el perfil erudito y libresco de José Nicolás se complementaba con el de Félix, curioso, pragmático y no gustoso de «conjeturas, sino de hechos» (Azara, 2020, II: 1).

Resumiendo, en el ámbito de la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y en la relación con su hermano José Nicolás –es decir, en los vínculos con su tierra natal y sus familiares, aunque fuesen débiles en algunos momentos– es donde hay que situar el origen de las ideas socioeconómicas de Azara contenidas en sus obras sobre el Virreinato del Río de la Plata. Se trata de un contexto cercano en el que los temas económicos estaban emparentados con las ciencias naturales, y en el que la observación de primera mano era la base para tomar decisiones.

Por tanto, en vez de situar a Azara en el ámbito general de la España ilustrada de Carlos III (pragmatismo, reformismo, optimismo, empirismo, etc.), parece más lógico situarle en el entorno más próximo en el que se desarrolló: la ilustración aragonesa, la Sociedad Aragonesa de Amigos del País y su hermano. Y ante la falta de fuentes documentales e información sobre su vida, se ha planteado una hipótesis razonable y contextualizada sobre cómo pudo adquirir su formación en temas económicos.

Es evidente que el aspecto económico es secundario en Azara, pero puede enriquecer su ya rico perfil. Esto es, si bien Azara es principalmente apreciado como gran naturalista, sus reflexiones socioeconómicas son dignas de atención, tal como se expondrá en los dos próximos epígrafes. Por último, es importante resaltar que este trabajo no se centra en las ideas de Azara sobre América y en su contraste con las ideas entonces dominantes respecto a dicho continente, sino en cómo el ilustrado aragonés articuló sus propuestas socioeconómicas reformistas y colonizadoras.

3. REFORMISMO E IDEAS SOCIOECONÓMICAS

Azara realizó una detallada evaluación de las grandes posibilidades económicas asociadas a los numerosos recursos del territorio virreinal, incluyendo propuestas de mejora de la explotación de cultivos, posibles aplicaciones de plantas diversas y naturalización en Europa de algunas especies. Por ejemplo, se refirió a los árboles de Paraguay, «notables por su utilidad» y cuya madera permitía una durabilidad tres veces mayor de los barcos, o a la abundancia de productos forestales (resinas, frutos, lianas, raíces, etc.) con muy distintos usos (Azara, 2020, I: 132, 135-153). También aludió a la elevada productividad del trigo en la región

de Buenos Aires, al vino de Mendoza, a cultivos «muy útiles» que prosperaban «bien en todas las zonas» (como maíz, judías, habas, lentejas o cacahuetes), o a la rica variedad de frutas, que a veces alcanzaban una alta calidad (como naranjas, manzanas o melocotones). Asimismo, señaló lo ventajoso que podría resultar el traslado a España, entre otros, del cultivo de la mandioca («para asegurar la alimentación del pobre») o de las numerosas especies de batatas y calabazas (Azara, 2020, I: 154, 156, 158, 160-163).

En distintas partes del virreinato, Azara identificó importantes oportunidades para el laboreo de productos potencialmente lucrativos, a menudo asociados a una posterior elaboración manufacturera, como algodón, caña de azúcar, cáñamo, lino, añil, seda, cacao, café, etc. (Azara, 2020, I: 157, 163-164). Pero dichas oportunidades quedaban en gran medida frustradas por un cúmulo de razones, que iban desde «la falta de instrucción» y «la increíble imperfección de los instrumentos» de producción, a «la carestía de los jornales» y «la nulidad de los gobernadores», pasando por ciertas características habituales entre la población de la provincia del Río de la Plata (tendencia al despilfarro, escasas necesidades, falta de ambición, desprecio al trabajo, etc.). Similar estado de cosas afectaba en general a los oficios (elaboración de velas, jabones, tintes, cuerdas, etc.) (Azara, 2020, I: 164). Por ejemplo, «el hilado y los telares» de algodón eran tan imperfectos que solo permitían elaborar una tela de algodón muy basta; y en Paraguay las herramientas agrícolas (azadas, arados, etc.) eran extremadamente toscas y rudimentarias, y faltaban también «máquinas para fabricar azúcar en grande» (Azara, 2020, I: 157). Por tanto, el margen de mejora, por distintas vías, era inmenso.

En cuanto a la posibilidad de emplear esclavos africanos como fuente básica de mano de obra, Azara no parecía considerarla una opción deseable, pues rechazaba el «vil y asqueroso tráfico»; de cualquier modo, subrayaba un trato más humano hacia el creciente número de esclavos respecto al que se les daba en las colonias americanas de otras naciones¹⁶ (Azara, 2020, I: 155; Azara, 1994: 236).

Prácticamente «no se [encontraban] minerales» en el virreinato (al no haber «más que un pequeño número de montañas, poco elevadas»), pero –en contraste– la pesca era abundante y variada (Azara, 2020, I: 99, 122). No obstante, donde verdaderamente residía uno de los mayores potenciales de riqueza era en la ganadería. En las pampas al sur del Río de la Plata había grandes pastos para la explotación ganadera asociada a la producción de cueros, sebo, astas y carnes saladas, que podría proveer «toda la Marina del mundo» y encontrar un buen mercado en Europa, de suerte que llegara a convertirse en una fuente de ingresos

16. El número de esclavos en el Virreinato del Río de la Plata aumentó de modo exponencial mientras Azara vivió allí. Pudo llegar a suponer casi un cuarto de la población a comienzos del siglo XIX. En relación con esto, véanse Andrews (2000), Andrews (2010) y Borucki (2011). La postura de Azara opuesta al tráfico de esclavos es notable por poco común. Los economistas españoles de la Ilustración apenas prestaron atención a la cuestión de la esclavitud, pero los pocos que la abordaron no se mostraron contrarios a la trata (Perdices de Blas y Ramos Gorostiza, 2015: 29-36).

parangonable a «todas las minas [...] de ambas Américas»; a ello había que sumar «quesos y mantequilla, que podrían hacerse tan buenos como en Holanda», «buena lana para todas las fábricas del mundo» y «pieles finas» (de zorros, hurones, nutrias, etc.) (Azara, 1994: 237). Se trataba, en muchos casos, de «primeras materias [...] de primera necesidad e infinito consumo en todo el mundo, y que ningún país [...] [podía] dar en tanta abundancia, de mejor calidad y a tan moderado precio» (Azara, 1994: 237). Además, el traslado de estos productos a los puertos no sería costoso ni problemático: las «vastas campañas» estaban atravesadas por «tres o cuatro ríos de primer orden y por otros muchísimos que les tributan siendo navegables»; y los caminos eran muy llanos, disponiéndose de «bestias de transporte» que costaban «poquísimo» (Azara, 1994: 237)¹⁷. En cualquier caso, para Azara las comunicaciones, combinando navegación fluvial y vías terrestres, resultaban fundamentales para una integración efectiva del territorio. En este sentido, se mostraba además favorable a un tráfico comercial más libre de trabas dentro del propio virreinato, pero sin apelar a una completa liberalización del comercio¹⁸ (Azara, 1994: 233).

En relación con el remunerativo cultivo del tabaco en Paraguay, Azara condenó de plano el monopolio establecido en 1779: aunque hubiera contribuido a introducir el uso de la moneda, rendía poco al Tesoro, empleaba «una multitud de gentes que podrían hacer otra cosa», y daba lugar a menor producción y exportación. Además, iba asociado a burocracias y corruptelas: «El gobierno [estaba] acosado de reclamaciones, de cuentas y de papelotes, los comerciantes [...] [estaban] sujetos a mil formalidades», y el crecido gasto en numerosos funcionarios no garantizaba el control del contrabando (Azara, 2020, I: 156-157)¹⁹.

Como se incidirá en el siguiente apartado, Azara fue un firme agrarista que veía en el sector primario la principal –pero no única– actividad productiva. Sin embargo, no enfatizó explícitamente el papel de la agricultura como base para el posterior desarrollo de actividades complementarias en la industria y el comercio, que sí destacó el distinguido agrarista rioplatense Manuel Belgrano (1913a, 1913b)²⁰. En cualquier caso, para Azara nunca debería fomentarse artificialmente la manufactura²¹: «No quiero decir [...] que se proscriban todas las artes y oficios,

17. El hecho de que el territorio fuera en general «muy llano» también suponía que «el país no [podría] nunca ser regado por canales artificiales»: Azara (2020, I: 88).

18. Estas opiniones de Azara deben contextualizarse, entre otras cosas, en el marco de los intentos de Buenos Aires de controlar el acceso al Río.

19. La exoneración del servicio militar de los cosecheros dio lugar a un conflicto entre el virrey y el gobernador de Paraguay: Caballero (2006: 48-51). Azara (1994: 213-223) abogó por controlar los abusos y el fraude en las contrataciones para no comprometer la defensa.

20. Sobre la relación de Azara con los economistas rioplatenses se tienen pocas noticias; respecto a su encuentro con el economista y militar Manuel Belgrano, a partir de 1796, véase Contreras (2010-2011, II: 37, 382-384).

21. Lo que Azara buscaba era un posicionamiento entre el «mercantilismo» de la era Gálvez (América agrícola, y no industrial, para que dependiera de las manufacturas españolas) y una postura que veía necesario el desarrollo industrial también en América.

sino que se abandonen a sí mismos para que se reduzcan a lo necesario» en pueblos y ciudades; y estas últimas también debían ser *solo* aquellas imprescindibles: había que evitar «ciudades populosas» sin «fábricas ni cosa que [pudiera] contribuir al comercio», y donde la gente fuera «más perjudicial que útil y no [hiciera] más que subsistir a costa de la gente del campo» (Azara, 1994: 232). En términos más tajantes:

Las ciudades roban al campo los brazos, de que tiene una extrema necesidad y que es la verdadera riqueza del país. El mal no sería tan grande si hubiera fábricas, pero estas son absolutamente desconocidas y la mayoría de los habitantes no deben sus medios de vida más que al bajo precio de la carne y a la facilidad que tienen de vivir casi sin trabajar. (Azara, 2020, II: 179)²²

Azara también criticó abiertamente la mala administración virreinal, denunciando los «excesos burocráticos», el «despilfarro en sueldos de funcionarios incompetentes» que solo buscaban sus propios intereses, y las carencias de información (Fanjul, 2006: 173). Así, desde que en 1776 se había creado el virreinato, se habían multiplicado «de tal modo los empleados de todas clases que sería imposible contarlos»; y las remuneraciones del gobernador y los oficiales reales en Paraguay se habían doblado, hasta el punto de que «el producto de la provincia no bastaba para pagar el tercio de los sueldos» (Azara, 2020, II: 181). Esto llevaba al aragonés a exclamar: «¡Qué súbito trastorno emplear para el mismo objeto tantos hombres, cuyos brazos son perdidos para la prosperidad pública!» (Azara, 2020, II: 181). La situación era tal que, «a pesar de todo este aparato, [era] imposible al ministro [...] saber si este virreinato [producía] algo o no al Tesoro público, porque en toda su extensión apenas [había] una [...] administración que no [hubiera] hecho bancarota», y un gran número ni siquiera había rendido aún sus cuentas (Azara, 2020, II: 181-182). Por otra parte, al norte del Río de la Plata la falta de instrucción era total, no habiendo «un maestro de escuela en parte alguna», lo que «debería [llevar al] gobierno [a] pensar en esto muy seriamente» (Azara, 1994: 230). Por consiguiente, si bien Azara era un convencido del elevado valor económico de las posesiones americanas para España, era consciente de que este solo podría hacerse realmente efectivo bajo una buena administración virreinal, eficaz y relativamente poco costosa; de ahí la necesidad de llevar a cabo significativas reformas y mejoras en este ámbito²³.

Por último, hay que destacar la reformulación que hizo Azara de la teoría de los cuatro estadios, vinculada al desarrollo de la idea de progreso y situada –según

22. Las ciudades planteaban para Azara otro problema adicional: allí los criollos mostraban una creciente «aversión» hacia el «Gobierno español» que resultaba preocupante.

23. En *Libraos de ultramar*, manuscrito inédito escrito entre 1820 y 1822, Jeremy Bentham pretendió precisamente transmitir a los españoles que las colonias –dada su administración– habían sido muy costosas para España y habían supuesto una creciente carga fiscal para los peninsulares (Rodríguez Braun, 1989: 120).

Ronald Meek— en los orígenes de diversas ciencias sociales (Meek, 1981). Entre sus proponentes, en la segunda mitad del siglo XVIII, hubo economistas tan destacados como Adam Smith, James Steuart o Anne-Robert-Jacques Turgot, junto a diversos autores británicos, franceses o italianos (Menudo, 2015). Aunque con diferentes matices y versiones, la teoría básicamente afirmaba que la sociedad transitaba por sucesivas etapas caracterizadas por un tipo de actividad económica dominante (caza-pesca, pastoreo, agricultura y comercio), donde las particularidades económicas de cada etapa condicionaban los aspectos sociales, jurídico-políticos e incluso artísticos (tales como costumbres, normas morales, tipos de propiedad, formas de gobierno, etc.). Smith (1982: 14-16) hizo una exposición canónica en este sentido en sus *Lecciones de Jurisprudencia* de 1762-63, y se refirió asimismo a la región de Buenos Aires en *La Riqueza de las Naciones* para ilustrar la primera etapa «cazadora», partiendo de las observaciones —indirectas— sobre dicha región recogidas en la *Relación histórica del viaje a la América meridional hecho por don Jorge Juan [...] y Antonio de Ulloa* (1748)²⁴.

En cualquier caso, la referencia al indio americano había sido fundamental en la formulación inicial de esta teoría de los cuatro estadios por parte de unos autores europeos que nunca habían estado en América, pero que habían bebido de fuentes derivadas del contacto directo con aquel continente (Meek, 1981: 3, 35-67). De hecho, uno de los precedentes clave de la teoría, auténtica «historia conjetural con la que se inició la interpretación evolucionista del proceso de la civilización», había sido la célebre *Historia natural y moral de las Indias* (1590), del jesuita José de Acosta (Pino-Díaz, 2021: 111).

En estas circunstancias, la visión de Azara resultaba de particular importancia, dada su observación sobre el terreno de la realidad americana y su conocimiento de primera mano de distintas «naciones indias». Ello le llevó a aseverar que, cuando los españoles llegaron a América, los indios que habían alcanzado la etapa agrícola no habían pasado por la fase pastoril²⁵. De hecho, esta había sido tardía:

Parece, pues, que la primera ocupación del hombre libre fue la caza; la de la pesca depende menos de la elección que del azar, que motiva el estar colocado al borde del agua [...] La agricultura y la vida pastoril sólo vienen después: lo que prueba que esta vida [pastoril] es bastante posterior a la del hombre salvaje y que éste es el último de los medios de subsistir que adopta. (Azara, 2020, II: 108-109)

24. En un principio, las tierras bonaerenses apenas estarían pobladas y el ganado vacuno salvaje se reproduciría libremente, de modo que el coste de una cabeza de ganado se reduciría al trabajo de atraparla. Con el tiempo se iba incrementando la población, la disponibilidad de mano de obra y la demanda de alimentos, con lo que se iban extendiendo los cultivos y la tierra dejaba de ser un factor libre y empezaba a generar renta según su fertilidad y localización: Smith (1987, I: 227-228, 266). Véase asimismo Newland y Waissbein (1984: 163-166).

25. «Cuando llegaron los primeros españoles ninguna de ellas [las naciones indias] era pastora, ni vivía de los frutos espontáneos de la tierra» (Azara, 1994: 157).

De este modo, Azara redefinió una idea ampliamente aceptada por muchos pensadores europeos, añadiendo que, si bien «la vida pastoril [era] la última que el hombre había abrazado», ello no significaba necesariamente que correspondiera al «más alto punto de civilización» (Azara, 2020, II: 186-187). También rechazó Azara que los pueblos indígenas americanos –entre los que identificó una amplia variedad, sin caer en tópicos o generalizaciones sobre su supuesta pereza o su incapacidad para el trabajo– hubieran seguido una senda de degradación desde una supuesta Edad de Oro. Del mismo modo, estuvo lejos de suscribir la idea rousseauiana del «buen salvaje» (Capel, 2006: 86).

4. LA PROPUESTA COLONIZADORA

Uno de los grandes problemas españoles del Dieciocho fue la defensa de los territorios de América y, en particular, la delimitación de la frontera con las posesiones portuguesas. Esta cuestión dio lugar a la firma de dos tratados –el de Madrid de 1750 y el de San Ildefonso de 1777–, y Azara sería precisamente destinado a América como miembro de una comisión de límites.

La preocupación por la defensa y las fronteras ya había sido expresada por Campomanes en sus *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, redactadas en 1762²⁶. Su objeto era promover una liberación del comercio imperial que permitiese a todos los puertos peninsulares comerciar con los territorios americanos. Campomanes abogaba por abolir el sistema de flotas y se mostraba muy crítico con las compañías monopolísticas de comercio. Además, denunciaba que hubiera territorios americanos «totalmente abandonados» por carecer de metales preciosos (Rodríguez Campomanes, 1988: 22). Este era el caso –por ejemplo– de California, en la que estaban establecidos los jesuitas que la manejaban «sin Gobernar por el Rey»; pero también era el caso del Virreinato del Río de la Plata, que era uno de los territorios más descuidados y menos conocidos de la América meridional (Rodríguez Campomanes, 1988: 26, 101). El resultado había sido que, en este virreinato, los portugueses habían tomado ventaja en dichas tierras practicando el contrabando, a lo que se añadía que los ingleses atraían a los indios más pacíficos de la zona, con lo que se agravaba el problema defensivo. Estos indios, «civilizados» por otra nación europea, podrían acabar llevando a España a perder estos territorios rioplatenses, e incluso Chile y Perú (Rodríguez Campomanes, 1988: 109, 122).

La solución para mantener estas posesiones, según el economista asturiano, era repoblar como estrategia defensiva. Precisamente, los ingleses habían recuperado el territorio francés en Norteamérica (Acadia) repoblando con soldados y marineros: «Vino a establecer allí un Ejército sin necesidad de sueldo con repartirles

26. No se publicaron hasta 1988, aunque el manuscrito había circulado por los ambientes ilustrados y el autor había reproducido algunas de sus ideas en el *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, de 1775: Rodríguez Campomanes (1975: cap. XIX).

las tierras y pagar los gastos para poblar» (Rodríguez Campomanes, 1988: 263). Ya en la década de los cincuenta, Campomanes había incidido en establecer agricultores en zonas no habitadas para añadir nuevos territorios «perpetuamente, sin conquistar[los] ni necesitar un solo hombre de guarnición para mantener[los], ni un solo ministro o tribunal más que los establecidos para gobernar[los]» (Rodríguez Campomanes, 1984: 166). Y en la década de los sesenta se embarcó en una empresa de gran envergadura –la de Sierra Morena, iniciada en 1767– a la que se hará mención más adelante.

Según Campomanes, la repoblación del Virreinato del Río de la Plata sería también ventajosa para España porque, aunque no poseyera metales preciosos, sí disponía de otras riquezas como hierba mate, tabaco y diversidad de animales y árboles. De hecho, realizó una descripción prolija y «enojosa» de estas riquezas porque ningún país se podía «gobernar sin tener conocimiento de sus producciones y costumbres»; además, en el caso de los árboles se podrían trasplantar al Jardín Botánico y a los Jardines Reales (Rodríguez Campomanes, 1988: 120).

Azara coincidió con Campomanes en el problema de la indefensión del Virreinato del Río de la Plata y en su solución mediante la repoblación. Así, por ejemplo, analizó los proyectos repobladores para contener a los indios pampas (1796) o a los portugueses en El Chaco (1799), y fundó San Gabriel de Batoví (1800) en la frontera hispanoportuguesa²⁷. Sin embargo, la creación de este pueblo fue un proyecto modesto comparado con la dimensión de la empresa colonizadora que se llevó a cabo en España con la creación de nuevas poblaciones en Sierra Morena, donde se introdujeron seis mil pobladores centroeuropeos católicos bajo las condiciones recogidas en el fuero aprobado en 1767. Se pretendía promover la proliferación de pequeños labradores dispersos, con el dominio útil de la tierra gracias a un censo enfiteútico, y operando en explotaciones cercadas y con medios suficientes –proporcionados por el Estado– para mejorar sus predios y aplicar los nuevos métodos de cultivo en los diversos ramos de la agricultura; además, los colonos contarían con ganado estabulado y una actividad complementaria para los ratos de ocio: la industria popular (Perdices de Blas, 1992: 517-518).

Esta empresa colonizadora de Sierra Morena involucró a tres de las grandes figuras de la Ilustración española: Campomanes como ideólogo y supervisor, Pablo de Olavide como ejecutor, y Miguel de Múzquiz como ministro de Hacienda que asignaba las partidas presupuestarias. Por su parte, aunque Azara propuso y

27. En concreto, se trataba de frenar los avances portugueses y sus asentamientos ilegales en las zonas fronterizas con Brasil. La fundación de Batoví se inició también para ahorrar dinero al tesoro público, debido al gasto que le suponía al Estado el mantenimiento –desde 1771– de unas familias traídas de España para el poblamiento de las costas patagónicas: Azara (1994: 227). Para una amplia reseña de la fundación de Batoví a través de una selección de la correspondencia de Azara, en la que se aprecian la incomprensión y los obstáculos que se interpusieron en su empresa colonizadora, Contreras (2010-2011, II: 299-340). Azara también informó en 1820 sobre la posibilidad de establecer una nueva población en las Pardiñas del Alto Aragón: Contreras (2020-2011, III: 214-217).

evaluó diversos proyectos de colonización, finalmente el único pueblo que pudo fundar –debido a su regreso a España en 1801– fue Batoví.

No obstante, las dos colonizaciones –Sierra Morena y Batoví– compartieron algunos rasgos significativos a pesar de sus diferencias de escala. Por un lado, a ambas las guiaba un fin pragmático, muy alejado de planteamientos utópicos. En Sierra Morena se pretendía crear unos pueblos –sin latifundios, mayorazgos o manos muertas– que fuesen modelo para el resto de España, y que además permitiesen proteger la ruta del oro llegado a Sevilla desde América (que se dirigía a Madrid por un camino inseguro y con grandes despoblados). En Batoví, Azara quiso igualmente ofrecer pautas de referencia para la creación de nuevas poblaciones, pero sobre todo asegurar la frontera de los territorios españoles y así contener a los portugueses o a los indios más «salvajes». Por otro lado, en ambos casos se aseguraba a los colonos la posesión de la tierra: Azara propuso el reparto de tierra en régimen de propiedad privada, y en Sierra Morena se estableció un censo enfiteútico que dejaba al poblador el dominio útil de la tierra siempre que la cultivase (Perdices de Blas, 1992: 199-203).

Tanto la defensa de la propiedad privada como la facilitación de su registro fueron primordiales para Azara, tal como lo expuso extensamente al tratar dos temas todavía hoy muy polémicos: la defensa del régimen colonizador español –tan desacreditado por ilustrados como Cornelius de Pauw, William Robertson o Guillaume-Thomas Raynal, entre otros (Villaverde y Castilla, 2016)–²⁸ y la crítica al sistema comunitario jesuítico –tan alabado por algunos «sabios» europeos, quizá en referencia a Voltaire o Rousseau (Azara, 1994: 165)–. Esta crítica de Azara al comunitarismo de los jesuitas en Paraguay pudo estar algo sesgada por su pertenencia al bando antijesuíta, del que formó parte de modo destacado su hermano José Nicolás²⁹.

28. En sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* (1768), el clérigo renegado holandés Cornelius de Pauw (1739-1799) hizo una crítica radical de la naturaleza americana, de los indios y de la colonización española, crítica que tendría luego cierta influencia en los dos historiadores de América más reconocidos del Dieciocho, Robertson y el abate Raynal. El contraste de Europa con América –según De Pauw– era entre fuerza y debilidad, entre civilización y salvajismo. América era un «continente antiguo y degenerado», «estéril, cubierto de aguas estancadas y vegetación que se pudría». Por su parte, los indios eran «una raza de niños crecidos», mientras que los conquistadores españoles habían sido unos «aventureros brutales y crueles que habían perpetrado matanzas sin número, destruyendo todo lo que habían encontrado», y los misioneros unos «curas ignorantes, cegados por el interés egoísta, en cuyos relatos de la cultura y la conversión de los indios no se podía confiar» (Brading, 2015: 486-488). Azara pondría en cuestión, en todos sus extremos, esta negativa visión. Sobre la posición de De Pauw, su notable influencia y la amplia controversia en torno a sus opiniones, véanse los capítulos 3 a 6 de Gerbi (1982).

29. Aunque los dos hermanos no se trataron personalmente hasta el final de la vida de José Nicolás, eran prejuicios comunes que, en el caso de Félix, pudieron contribuir a que ignorase los logros económicos de las misiones jesuíticas en aspectos fundamentales para la economía de la región (como, por ejemplo, el comercio y la comercialización de la hierba mate). No obstante, como se muestra luego en el texto principal de este artículo, el verdadero fundamento de la crítica de Azara a estos proyectos de base comunal reside en sus ideas individualistas y en su defensa de la propiedad privada.

Azara (1994: 158) defendió la colonización española porque había creado pueblos sin esclavizar a los indios ni venderlos como esclavos, al contrario de lo que habían hecho los portugueses. Asimismo, la iniciativa privada había empeñado un papel relevante mediante las encomiendas. En el caso de que los indios hubieran cometido alguna injusticia con los españoles después de ser vencidos por las armas, habían sido repartidos y obligados a servir como criados (las encomiendas yanaconas), pero sin permitir su venta o maltrato ni tampoco su esclavización o despido por «malos, inútiles o enfermos», estando además supervisados por un régimen de visitas para comprobar si los encomenderos cumplían sus obligaciones (Azara, 1994: 159). En cambio, si los indios se habían sometido pacíficamente o por capitulación en la guerra, se les había permitido formar un pueblo bajo la jurisdicción de una encomienda de mitayos, donde los hombres de entre 18 y 50 años estaban obligados a trabajar por turnos durante dos meses al año (en los que eran mantenidos), quedando también bajo la supervisión de un régimen de visitas anuales. Esta había sido, por ejemplo, la forma de poblar del conquistador vasco Domingo Martínez de Irala (1509-1556), muy elogiado por Azara (1994: 159) por llevarla a cabo con el «menor costo al erario». La duración de todas las encomiendas se había fijado en la vida del primer encomendero y su heredero, por lo que se dieron pequeños excesos y hubo «poca sangre derramada» (Azara, 1994: 160). Por tanto, las encomiendas habían «incitado» a sus titulares a conquistar sin los inconvenientes del procedimiento portugués, que –como queda apuntado– había permitido vender a los indios como esclavos (Azara, 1994: 160-161). En suma,

procedieron mejor los ingleses, holandeses, franceses y portugueses y los alemanes que envió a América su paisano Carlos V? Digan lo que quieran, pero sólo los españoles han compuesto un código de leyes que rebosa en humanidad y que protege tanto a los indios como que les iguala a los españoles, y aún se prefiere en muchas cosas. (Azara, 1994: 166)

Según Azara, algunos autores extranjeros de la época habían contraargumentado diciendo que no se habían aplicado esas leyes, pero el ilustrado aragonés fue contundente al señalar que, tras consultar los archivos y «catastros originales», se constataba con claridad un hecho: «los indios netos» habían aumentado en las zonas bajo el régimen de encomiendas con respecto a los primeros años de la conquista (Azara, 2020, II: 173).

En cambio, en opinión de Azara, la otra forma de repoblar a través de misiones jesuíticas había tenido menos éxito, porque no había logrado que los indios se valiesen por sí mismos ni adquiriesen «ciencia ninguna» o desarrollasen las artes, pues solo tejían «dienzos para vestirse y para esclavos o gentes muy pobres» (Azara, 1994: 167). Sin embargo, los indios que no habían estado bajo el mandato jesuítico sí habían podido prosperar vendiendo y comprando sus campos y bienes libremente, o aprender español y españolizarse en su forma de vestir y sus costumbres (Azara, 1994: 210). Azara llegó incluso a afirmar que el régimen comunitario

jesuítico había dejado a los indios en «la esclavitud y la miseria», y que nada había «más contrario a la instrucción humana que esa especie de gobierno» (Azara, 1994: 207). En definitiva, aunque las «ideas de los jesuitas eran bellas», sus pueblos eran en la práctica «miserabilísimos», pues su «pobreza, miseria y desnudez» excedía todo lo «que [se pudiera] decir» (Azara, 1994: 43, 64, 75). Y, por si esto fuera poco, la colonización jesuítica había sido además más costosa, porque se habían solicitado continuamente fondos públicos con resultados pésimos. Es decir, se había malgastado el dinero (Azara, 1994: 149-150, 161-162).

El problema de las misiones jesuíticas había radicado en su régimen comunitario, que había que evitar a toda costa en próximas colonizaciones. No daban «licencia a nadie para trabajar en utilidad propia, precisando a todos, sin distinción de edad ni de sexo, a trabajar para la comunidad del pueblo, cuidando el mismo cura de alimentar y vestir igualmente a todos» (Azara, 1994: 165). Y como ningún indio podía aspirar a tener propiedad privada, se quitaban «todos los estímulos de ejercitar la razón y los talentos», y se estimulaba a la «languidez» en el trabajo (Azara, 1994: 165). Es cierto que luego se había expulsado a los jesuitas, pero se había seguido con el mismo sistema comunitario dirigido por un gobernador militar, dando lugar incluso a peores resultados (Azara, 1994: 168)³⁰.

La idea jesuítica de partida para instaurar el sistema comunitario –que había sido muy elogiado en Europa– radicaba en que ningún indio era capaz por sí mismo de obtener sus medios de vida, dada su falta de «economía y previsión para conservar nada en tiempos de escasez»; sin embargo, Azara (1994: 165) aseveraba que los indios no eran «niños» y sí tenían capacidad para proveerse de todo lo necesario sin dicho sistema³¹. Por otra parte, Azara se reafirmó en la importancia de la propiedad privada cuando descubrió que los portugueses, para poblar la frontera, repartían tierras en régimen de propiedad privada, lo que no solo incitaba a «edificar, cultivar, plantar y mejorar las posesiones, sino que también [era] una cadena que [fijaba] a los hombres para siempre» al territorio (Azara, 1994: 182).

La colonización propuesta por Azara para el virreinato coincidía con la proyectada por Campomanes y Olavide para Sierra Morena en el hecho de estar ambas alejadas de planteamientos utópicos y cimentadas sobre el dominio privado de la tierra. Pero también compartían, al menos, otros tres rasgos importantes:

30. En 1793 Azara señaló que los pueblos bajo gobierno civil o militar habían tenido mejores resultados en cuanto aumento de la población que los dirigidos por franciscanos y, sobre todo, por jesuitas (Azara, 1994: 130). La defensa de la encomienda y la crítica a las misiones jesuitas la realizó en diversos escritos recopilados en Azara (1994) y también –en los mismos términos– en su famoso *Viaje por la América meridional*: Azara (2020, II: caps. XI-XV).

31. Como se ha señalado anteriormente, la visión de Cornelius De Pauw de los indios americanos como inmaduros «niños crecidos» fue habitual en la Europa ilustrada. El escocés William Robertson, por ejemplo, los describía de forma similar como indolentes, pueriles e incapaces de razonamiento especulativo (Brading, 2015: 488, 494). En este sentido, resulta notable que Azara se apartara de tan extendida idea.

establecer población útil –dedicada a una actividad productiva–, asentada preferentemente en el sector agrícola y dispersa por el campo³².

En efecto, en primer lugar, para colonizar se prefería población útil, joven y con familia. Pero este era un perfil muy alejado de los ociosos y despilfarradores gauchos que se dedicaban a la ganadería extensiva. Y Azara tampoco podía contar con aquellos indios «salvajes» que no había sido posible reducir; en este caso, la única opción era comerciar con ellos para que, «por su propio interés, [conservasen] la paz» (Azara, 1994: 190). Por todo ello, en la fundación del pueblo de Batoví asentó principalmente a los colonos que habían venido de España en 1771 para poblar la costa patagónica, pero desechando a aquellos que ya eran inútiles por haber envejecido o por no estar dispuestos a iniciar un nuevo proyecto de vida (pues perseguían ser mantenidos sin trabajar)³³.

En general, Azara prefería a pobladores casados, militares o civiles –sin excluir a los indios «pacíficos»–, a los que se debía ayudar a establecerse con fondos públicos para construir una casa. Además, a los civiles incluso se les proporcionaría una paga el primer año hasta que recogiesen los primeros frutos (que los militares no necesitaban por percibir ya un sueldo). A cambio, los colonos no podrían enajenar sus casas hasta pasados ocho años y los que incumplieran sus obligaciones tendrían que devolver las ayudas recibidas (Azara, 1994: 183). Un hecho diferenciador con las poblaciones de Sierra Morena fue que Azara no proponía un reparto igualitario de la tierra: se tenía que dar más a los militares según su rango –más a los oficiales– y menos a los civiles, pues «la riqueza en el reparto [debía] equilibrar las graduaciones y los respetos» (Azara, 1994: 183).

Un segundo rasgo de la colonización del agrarista Azara –que no fisiócrata– fue que tenía una base agrícola. Prefería la labranza sobre la ganadería extensiva. Tanto en su *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata* de 1806 (publicada póstumamente en 1847) como en su *Viaje a la América meridional* (1809) Azara distinguió entre labradores y pastores o estancieros. Estos últimos decían de los primeros que eran unos «mentecatos», porque si se hiciesen pastores vivirían más cómodamente (Azara, 1994: 173). Sin embargo, la evidencia mostraba que los labradores tenían mejores casas, vestían adecuadamente y seguían una dieta alimenticia variada (Azara, 1994: 173-174); en cambio, los que se dedicaban a la ganadería extensiva vivían en casas con apenas muebles, vestían mal, seguían una dieta alimenticia basada en la carne, e incluso se daban al juego, la vagancia y el robo (Azara, 1994: 174; Azara, 2020, I: 155; II: 186-202).

32. Sin embargo, Azara no desarrolló la idea de establecer una industria popular. En los territorios americanos en general no se prohibió el establecimiento de manufacturas, pero sí se pusieron limitaciones, como expuso Campillo (1993: 149-157). Sobre los rasgos de las nuevas poblaciones fundadas en Sierra Morena y Andalucía, véase Perdices de Blas (1992: 187-240).

33. En total desechó a 146 familias por «inútiles»: véase Contreras (2010-2011, II: 313-314).

Sin embargo, Azara reconocía que –según fueran las condiciones físicas– la labranza no siempre era la actividad más productiva o aquella que prefería la población: «El manantial más abundante de riqueza para cualquier provincia es el cultivo de las producciones más análogas a su terreno, y a las inclinaciones y caprichos de sus habitantes» (Azara, 1994: 231). En estos casos, estaba a favor de una ganadería de explotaciones más pequeñas e intensivas en régimen de propiedad privada, facilitando el registro de la propiedad a aquellos ganaderos que hubieran poblado efectivamente una zona, pero que aún no tuvieran un título oficial de posesión (Azara, 1994: 232-234). También habría que permitirles comerciar con los territorios portugueses para dar mejor salida a sus producciones (Azara, 1994: 235).

Un tercer rasgo de la colonización de Azara –similar a la de Sierra Morena– fue la dispersión de la población por el campo para trazar una red defensiva tupida en las zonas fronterizas. Además, el aragonés consideraba que la dispersión era más acorde a la labranza y la ganadería intensivas, al tiempo que alejaba a la población de las aglomeraciones urbanas, que veía como focos de corrupción y vicio (Azara, 1994: 172). Uno de los efectos favorables de conceder la libertad a los indios sometidos al régimen comunitario jesuítico era, precisamente, que así podrían vivir «desparramados» por el campo (Azara, 1994: 211).

En suma, los proyectos colonizadores de los ilustrados Campomanes, Olavide y Azara tuvieron elementos comunes, principiando por los obstáculos e intrigas que hubieron de vencer para llevarlos a cabo.

5. CONCLUSIÓN: REFORMISMO BORBÓNICO CON RASGOS LIBERALES

Probablemente, Félix de Azara adquirió en gran medida sus dotes para analizar las cuestiones socioeconómicas en el seno de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, donde se reunía un notable grupo de economistas (Asso, Normante, Generés, etc.). Allí debió aprender la importancia de tener un buen conocimiento de los recursos naturales de un territorio para así poder sacar de ellos el mayor provecho económico, evaluar las posibles producciones y plantear actuaciones adecuadas, todo ello con un enfoque eminentemente práctico. Como se ha señalado en este trabajo, la afirmación anterior es una hipótesis razonable y contextualizada: ante la falta de fuentes documentales e información biográfica, no parece descabellado pensar que el entorno más próximo en el que se desarrolló en los momentos formativos de su vida –la ilustración aragonesa, la Sociedad Aragonesa de Amigos del País y su hermano– tuviera una significativa influencia en él.

Azara no puede ser definido como un liberal. Pero, como otros miembros de la última generación de ilustrados a la que perteneció –y que tan bien representa Jovellanos–, propuso medidas para liberalizar la economía. Como señaló Llombart, en realidad estos ilustrados propugnaron «más mercado y más Estado»: liberalización económica interior, robustecimiento del Estado y proteccionismo (Llombart, 1992: 356).

Entre los rasgos liberales de los planteamientos de Azara destaca, dentro de su modelo de colonización, su firme defensa de la propiedad privada y de la iniciativa individual apoyada en ella –en línea con el *Informe de Ley Agraria*³⁴, facilitando el reparto de tierras y su registro, pero evitando los latifundios. Por tanto, rechazó el modelo de las misiones jesuíticas, con su organización comunal de la producción sin propiedad particular, donde los indios, en situación de absoluta igualdad, carecían de estímulos al trabajo y al desarrollo de artes y oficios. Azara también criticó del monopolio del tabaco en Paraguay, que –entre otras cosas– daba lugar a una disminución de la producción y rendía poco al Tesoro, y denunció los problemas de la administración colonial (exceso de funcionarios y formalismos burocráticos, corrupción, despilfarro de fondos públicos, etc.). Por último, fue partidario de fomentar el tráfico comercial eliminando trabas (pero sin proponer una libertad absoluta) e identificó además el comercio como vía de pacificación de los indios más belicosos, a los que no cabía asentar como agricultores. Es decir, abogó por un comercio más libre dentro del propio virreinato, pero sin apelar a una completa liberalización del comercio interior; además, probablemente fuera favorable a mantener el comercio exclusivo de España con sus territorios americanos, aunque no llegó a manifestarse explícitamente al respecto.

Al igual que Campomanes, Azara vio en el poblamiento la mejor forma de asegurar las fronteras del virreinato, cumpliendo así con la función de defensa que Adam Smith asignaba al Estado como uno de sus cometidos básicos. Además, su modelo de colonización en Batoví tuvo importantes similitudes con el planteado en Sierra Morena –a mayor escala– por Campomanes y Olavide. Azara fue un convencido agrarista –no un fisiócrata– que subrayó la superioridad de la labranza sobre el pastoreo siempre que las condiciones físicas fuesen adecuadas, destacó el desaprovechamiento de tierras y recursos del virreinato, y abogó por la dispersión de las explotaciones ganaderas por el campo. Sin embargo, no hizo referencia a la industria popular (que sí estaba en el modelo de Sierra Morena). Del mismo modo, si bien Azara nunca defendió la idea de la productividad exclusiva de la tierra, tampoco aludió explícitamente a la interdependencia y complementariedad de la agricultura respecto al desarrollo de otras actividades económicas (que sí destacó el economista rioplatense Belgrano).

Por último, merece la pena destacar que, a la luz de sus observaciones directas de las «naciones indias» de la América meridional, Azara reformuló la teoría de los cuatro estadios, que sostuvieron destacados autores franceses e ingleses de la segunda mitad del siglo XVIII e influyó en el desarrollo de diversas ciencias sociales. El aragonés afirmó que cuando los españoles llegaron a América los indios que habían alcanzado el estadio agrícola no habían pasado por la fase pastoril. Esto suponía poner en cuestión algo ampliamente admitido en Europa,

34. Véase, por ejemplo, Jovellanos (2008: 708-709, 711, 713, 726).

al igual que la idea de Buffon de la decadencia de la naturaleza americana³⁵. En este sentido, Azara cuestionó igualmente la visión crítica que mantuvieron influyentes autores como De Pauw, que subrayaban la supuesta inferioridad del continente americano, el carácter indolente e inmaduro de los indios o la perniciosa colonización española: él, por el contrario, reivindicó América y la capacidad y la autonomía indígenas, así como la labor llevada a cabo por los españoles pese a sus errores. Además, se posicionó claramente en contra del tráfico de esclavos.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Amodio, Emanuele (2006), «Etnografías de Frontera. Los indígenas en la obra etnográfica de Félix de Azar», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 14-29.
- Andrews, George Reid (2000), *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, Madison: University of Wisconsin Press.
- Andrews, George Reid (2010), *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Asso, Ignacio de (1983) [1798], *Historia de la Economía Política de Aragón*, J. M. Casas Torres (ed.), Zaragoza: Guara.
- Azara, Félix de (1979), «Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801», en José Carlos Chiaramonte (ed.), *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 112-124.
- Azara, Félix de (1994), *Escritos fronterizos*, Manuel Lucena y Alberto Barrueco (eds.), Madrid: ICONA.
- Azara, Félix de (2020) [1809], *Viajes por la América meridional*, edición facsímil de 1941, Valladolid: Editorial Maxtor.
- Belgrano, Manuel (1913a) [1796], «Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria, proteger el comercio en un país agricultor», en Museo Mitre (ed.), *Documentos del Archivo de Belgrano*, vol. I, Buenos Aires: Coni, pp. 57-80.
- Belgrano, Manuel (1913b) [1810], «Dedicatoria a los labradores, artistas y comerciantes» [*Correo de Comercio*, 3.III.1810], en Museo Mitre (ed.), *Documentos del Archivo de Belgrano*, vol. II, Buenos Aires: Coni, pp. 13-14.
- Borucki, Alex (2011), «The slave trade to the Río de La Plata, 1777-1812. Trans-imperial networks and Atlantic warfare», *Colonial Latin American Review*, 20(1), pp. 81-107.
- Bowles, Guillermo (1789) [1775], *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, 3.ª edición, Madrid: Imprenta Real.
- Brading, David A. (2015), *Orbe indiano: de la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Caballero, Herib (2006), «Félix de Azara y la explotación tabacalera en el Paraguay (1748-1805)», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 38-53.

35. Sobre la visión de América por parte del conde de Buffon véase Gerbi (1982: 3-31).

- Campillo, José del (1993) [1789], *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, Manuel Ballesteros (ed.), Oviedo: GEA.
- Capel, Horacio (2006), «El ingeniero militar Félix de Azara y la frontera americana como reto para la ciencia española», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 54-103.
- Concolorcorvo [Alonso Carrió de la Vándera] (1942), *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, 1773*, Buenos Aires: Ediciones Argentinas Solar.
- Contreras, Julio R. (2010-2011), *Félix de Azara. Su vida y su época*, 3 vols., Huesca: Diputación de Huesca.
- Deckmann, Eliane C. (2022), «Doblemente en la frontera: Félix de Azara y sus viajes por la América Meridional», *Boletín Americanista*, 84, pp. 85-104.
- Fanjul, Serafín (2006), «Etnografía y política en Félix de Azara», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 168-175.
- Gerbi, Antonello (1982), *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de (2008) [1795], «Informe de Ley Agraria», en Gaspar Melchor de Jovellanos, *Obras Completas. X. Escritos Económicos*, Vicent Lombart y Joaquín Ocampo (eds.), Gijón: Ayuntamiento de Gijón-Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII-KRK Ediciones, pp. 689-848.
- Lombart, Vicent (1992), *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid: Alianza.
- Lollo, María Soledad (2010), *Diarios de viaje por América: un instrumento del reformismo borbónico en el Río de la Plata*, Huelva: Universidad de Huelva.
- Lucena, Manuel y Barrueco, Alberto (2006), «Por la ciencia y la gloria nacional». Félix de Azara y la exploración de las fronteras americanas», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 225-235.
- Meek, Ronald L. (1981), *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid: Siglo XXI.
- Menudo, José Manuel (2015), «Las historias de los estadios de la sociedad en el siglo XVIII», en *IX Encuentro de la Asociación Ibérica de Historia del Pensamiento Económico*, Valencia 4-5 de diciembre, <https://adeit-estaticos.econgres.es/2015aihpe/menudo.pdf>
- Millau, Francisco (1947) [1772], *Descripción de la provincia del Río de la Plata*, Madrid: Espasa-Calpe.
- Mones, Álvaro y Klappenbach, Miguel Á. (1997), *Un ilustrado aragonés en el Virreinato del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821)*, Montevideo: Museo Nacional de Historia Natural.
- Newland, Carlos y Waissbein, Daniel (1984), «Una nota sobre Adam Smith, Ulloa y la economía de Buenos Aires», *Revista de Historia Económica*, 2(1), pp. 161-167.
- Paquette, Gabriel (2008), *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and its Empire, 1759-1808*, Londres: Palgrave Macmillan.
- Paula Sanz, Francisco de (1977) [1779-1781], *Viaje por el virreinato del Río de la Plata: El camino del tabaco*, Buenos Aires: Librería Editorial Platero.
- Perdices de Blas, Luis (1992), *Pablo de Olavide (1725-1803), el ilustrado*, Madrid: Editorial Complutense.

- Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis (2016), «Rediscovering America: Political Economy of Spanish Colonies According to the Explorers Juan-Ulloa, Malaspina and Humboldt», *Revista de Historia Económica*, 34(1), pp. 135-159.
- Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis (2025), «Slavery and the slave trade in Spanish economic thought, sixteenth to eighteenth centuries», *History of Economic Ideas*, XXIII(2), pp. 11-40.
- Pietschmann, Horst (2004), «Consciencia de identidad, legislación y derecho. Algunas notas en torno al surgimiento del “individuo” y de la “nación” en el discurso político de la monarquía española durante el siglo XVIII», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, 26, pp. 1341-1362.
- Pino-Díaz, Fermín del (2021), «“Los cuatro estadios”, una teoría ilustrada de la evolución social con precedente hispano», *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 23(47), pp. 111-130.
- Rodríguez Braun, Carlos (1989), *La cuestión colonial y la economía clásica*, Madrid: Alianza.
- Rodríguez Campomanes, Pedro (1975) [1774-1775], *Discurso sobre el fomento de la industria popular. Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, John Reeder (ed.), Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.
- Rodríguez Campomanes, Pedro (1984) [c. 1750], *Bosquejo de política económica española*, Jorge Cejudo (ed.), Madrid: Editorial Nacional.
- Rodríguez Campomanes, Pedro (1988) [c. 1762], *Reflexiones sobre el comercio español a Indias (1762)*, Vicente Llombart (ed.), Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.
- Sánchez Hormigo, Alfonso; Malo, José L. y Blanco, Luis (2003), *La cátedra de Economía Civil y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (1794-1846)*, Zaragoza: Ibercaja-Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.
- Sarrailh, Jean (1992), *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, Adam (1982), *Lectures on Jurisprudence*, Indianapolis: Liberty Fund.
- Smith, Adam (1987) [1776], *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, 2 vols., Barcelona: Oikos-Tau.
- Usoz, Javier (1996), *Pensamiento económico y reformismo ilustrado en Aragón, 1760-1800*, Tesis doctoral, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Villaverde, María José y Castilla, Francisco (dirs.) (2016), *La sombra de la leyenda negra*, Madrid: Tecnos.